Año XXIII. Octubre–Noviembre de 1930. No. 77.





NO HAY RELIGION MAS ELEVADA QUE LA VERDAD.

"VIRYA"

Apartado 568

Organo Oficial de la Sociedad Teosófica Centroamericana.

(Centro América y Colombia)

SUMARIO

37374—Imp. Lines, A. Reyes, Suc.

LA ... FICA

La Sociedad ... viembre de 1875, por la señora H. P. Bla... cia legal fué concedida el 3 de Abril de 1905 e... tual tiene su Sede General y donde reside su actual Presidente, señora Annie Besant.

Esta Sociedad es una agrupación de personas que aspiran a investigar la Verdad y a servir a la humanidad; su objeto es contrarrestar el materialismo y hacer vivir las tendencias religiosas.

Los fines que persigue son los siguientes:

1º—Formar un núcleo de Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

2º—Fomentar el estudio comparativo de las religiones, filosofías y ciencias.

3º—Estudiar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y las fuerzas latentes en el hombre.

La Sociedad Teosófica está compuesta por estudiantes que pertenecen a cualquier religión del mundo, o a ninguna de ellas. Están unidos por la aceptación de los principios más arriba expuestos; y por el deseo de eliminar antagonismos religiosos y de agrupar a los hombres de buena voluntad para estudiar las verdades religiosas, compartiendo con los demás los conocimientos adquiridos.

El lazo que los une no es una creencia, sino la investigación, la aspiración a la Verdad. Están convencidos de que la Verdad debe ser buscada por medio del estudio, por la meditación, por la pureza de vida, por la devoción hacia altos ideales y consideran que la Verdad es un premio cuya obtención merece cualquier sacrificio y no un dogma que debe imponerse por la fuerza.

Ellos consideran que la creencia debe ser el resultado del estudio individual o de la intuición y no de presiones externas; que debe basarse sobre el conocimiento y no sobre afirmaciones. Procuran tener amplia tolerancia para todos, aún para el intolerante, y al practicarlo no creen hacer una concesión, sólo saben que cumplen con su deber. Tratan de concluir con la ignorancia, pero no la castigan.

Consideran cada religión como una expresión de la Divina Sabiduría y prefieren estudiarlas a condenarlas. Su palabra de orden es Paz y la Verdad su aspiración.

La *Teosofía* es el conjunto de verdades que forma la base de todas las religiones y que ninguna de ellas puede reclamar como de su exclusiva pertenencia.

Ofrece la filosofía que hace comprensible la vida, y demuestra la justicia y el amor que guía su evolución. Da a la muerte su verdadera importancia, demostrándonos que no es más que un incidente en una vida infinita, que nos abre las puertas de una existencia más radiante y completa.

Restaura en el mundo la Ciencia del Espíritu, enseñándole al hombre a reconocer al Espíritu dentro de sí mismo, y a considerar su cuerpo y su mente como servidores del Espíritu.

Esclarece las Escrituras y doctrinas de las religiones, explicando su significado oculto, y las hace así aceptables a la inteligencia.

Los miembros de la Sociedad Teosófica estudian estas verdades y como teósofos tratan de vivirlas. Cada persona que desee estudiar, que quiera ser tolerante, que aspire hacia lo Alto, que desee trabajar con perseverencia, es bien recibida como socio, siendo de su exclusivo empeño el transformarse o no en un verdadero teósofo.

LIBERTAD DE PENSAMIENTO

Habiéndose esparcido la Sociedad Teosófica por todos los ámbitos del mundo civilizado y habiéndose afiliado a ella miembros de todas las religiones sin renunciar a los dogmas especiales de sus fes respectivas, se cree conveniente hacer resaltar el hecho de que no hay doctrina ni opinión, sea quien fuere quien la enseñe o sostenga, que de ningún modo puede ser obligatoria para ningún miembro de la Sociedad, pudiendo cada cual aceptarlas o rechazarlas todas libremente.—La única condición precisa para al admisión es la aceptación del primero de los tres objetos de la Sociedad. Ningún instructor ni escritor, desde H. P. Blavatsky para abajo, tiene autoridad alguna para imponer sus opiniones o enseñanzas a los miembros.—Cada miembro tiene igual derecho para adherirse a cualquier instructor o escuela de pensamiento que él desee elegir, pero no tiene ningún derecho a imponer a otros el escoger como él.—A ningún candidato a un puesto oficial ni a ningún elector se le puede negar su derecho a la candidatura o al voto por causa de las opiniones que pueda sostener o porque pertenezca a determinada escuela de ideas. Las opiniones y creencias no crean privilegios ni acarrean castigos.—Los miembros del Consejo Administrativo ruegan encarecidamente a todo miembro de la Sociedad Teosófica que mantenga y defienda estos principios fundamentales de la Sociedad y amolde a ellos su conducta y que también ejerza sin ningún temor su propio derecho a la libertad de pensamiento y a su amplia expresión dentro de los límites de la cortesía y de la consideración a los demás.

"Virya"

Cuarta Epoca

Apartado No. 568

AÑO XXIII | SAN JOSÉ, COSTA RICA, OCTUBRE-NOVIEMBRE DE 1930 | Nº 77

NOTAS EDITORIALES

Celebración

Como en años anteriores, en la noche del 2 de Octubre último se reunieron las Logias teosóficas de Costa Rica para tributar a la querida e ilustre Presidente de la Sociedad Teosófica Universal, Dra. Annie Besant, un nuevo homenaje de cariño y gratitud, con motivo de su 83º natalicio. Fue una velada cordial, en que los estudiantes de Teosofía allí reunidos enaltecieron la obra gigantesca de esa mujer que ha consagrado su vida a promover el bienestar y el mejoramiento de la humanidad.

Justo homenaje fue el que allí se le dedicó, y más cabal sería el que pudiéramos ofrecerle consagrando cada vez con más ardor la devoción de nuestro espíritu, convertida en acción altruista, a la realización de los ideales teosóficos de Fraternidad humana, imitando el ejemplo de la Dra. Besant, a quien su 83º año de vida ha encontrado trabajando activa, intensa e incansablemente, con el vigor y alegría de su espíritu juvenil y de su cuerpo maravilloso, para que el mundo sea mejor y más feliz.

Renovamos ahora nuestro saludo lleno de respetuosa admiración y de gratitud cordial a la Señora Besant, que con tan celoso interés ha visto el desarrollo de la S. T. Centroamericana, deseándole muchos años más de vida y de salud para beneficio del progreso humano.

Nueva Logia

Hace pocos días hemos tenido la satisfacción de autorizar el nacimiento de un nuevo centro de nuestra Fraternidad en esta Sección: la Logia "Alba Luz", de Bucaramanga, Colombia, de la cual es Presidente el señor Carlos J. Carreño. Con esta, son ya tres las Logias de Colombia. Ojalá que ellas sean centros vigorosos y activos que cooperen eficazmente a la prosperidad de la cultura y al engrandecimiento espiritual de aquella gran República.

Aniversario de la Fundación de la S. T.

El 17 del corriente Noviembre se cumplirán 55 años desde que los inolvidables Co-Fundadores H. P. Blavatsky y H. S. Olcott, pusieron los fundamentos de una de las más nobles, humanitarias y útiles instituciones humanas: la Sociedad Teosófica. Es, por eso, un acto de justicia el recordarlos en esa fecha con gratitud cordial, con pensamientos de amor y de reconocimiento por la gran obra que su clara visión y su abnegada voluntad supieron realizar para beneficio del progreso y de la cultura espiritual del mundo.

Porque la Sociedad Teosófica, formando un núcleo de Fraternidad Universal y proclamando en diversas formas el ideal de la solidaridad humana y de la cooperación entre los hombres sin distinción alguna, ha iniciado y fortalecido las más generosas corrientes de pensamiento que hoy trabajan para la realización de ese propósito nobilísimo, que será el

reinado de la Justicia y del Amor. Y ella, recogiendo, clasificando y esparciendo las más altas enseñanzas de la Ciencia, la Filosofía y la Religión de todas las edades, y alentando el estudio comparativo de ellas, ha venido realizando una de las más espléndidas y trascendentales obras que han enriquecido la civilización, y con ello ha contribuido grandemente a acercar a las razas entre sí, permitiéndoles conocerse mejor a través de la literatura que revela su idiosincracia, su pensamiento y su tradición. Y al calor de esa comprensión recíproca, se afianza la amistad y se establece la unión que hará a los hombres más dichosos y a las naciones más prósperas y felices.

Pero, recordemos siempre que la Sociedad para que viva y cumpla eficazmente su misión civilizadora, ha de ser un movimiento progresivo, amoldando su obra a las condiciones de cada época y mirando al futuro para dar siempre la luz de nuevos y superiores ideales de vida, conforme a las aspiraciones y necesidades de cada hora. Y así, evitemos que sienten en ella sus reales la ortodoxia, el dogmatismo y la estrechez de pensamiento, haciendo de su seno un regazo amplísimo y verdaderamente fraternal, que acoja, para reflejar una mayor belleza y una más grande verdad, todas las opiniones, todas las ideas y todos los temperamentos, aunados por un sentimiento común: el Amor y por un ideal común: la Verdad.

M. L. C.

TEOSOFIA Y PATRIOTISMO

CONFERENCIA DADA EN LA CONVENCION DE LA SECCION AUSTRALIANA DE LA S. T.

POR EL REV. C. W. LEADBEATER

Nosotros consideramos la Teosofía, me imagino, casi siempre como un sistema de filosofía, lo cual ella es, por supuesto. Pero también es una ciencia de la vida. Es decir, que los que estudian este sistema llamado Teosofía aprenden mucho más del mundo en que vivimos y de las condiciones que nos rodean, que cuanto aprenden la mayoría de las gentes. Es natural que los hombres den importancia a lo que ven y tocan. El conocimiento directo de las cosas se halla limitado en la mayoría de las gentes al plano físico o por lo menos así lo creen. Sin embargo, es muy probable que cada uno de nosotros haya tenido a veces experiencias y presenciado fenómenos que no se explican completa y únicamente por causas físicas; pero los hombres no prestan mayor atención a lo que se encuentra fuera del mundo físico. Ellos basan su conducta y su vida en el terreno de lo material. Se puede decir que existen muchas gentes religiosas que piensan bastante acerca del mundo invisible y que sus vidas se hallan más o menos sujetas a consideraciones relacionadas con él. Me temo que en estos tiempos no existen muchas personas que vivan de acuerdo con este mundo invisible. Los que son piadosos, por otra parte, y en gran número de casos, mantienen fórmulas estrechas de creencia religiosa. Talvez, en muchas ocasiones, sea bueno que ellos mantengan aunque sea ésto. Poseen así un código de

moral basado en lo que creen ser la voluntad de Dios. Supongo que ésto es mejor que no tener Dios—a menos que se piense de El como de una divinidad cruel y salvaje—en el cual caso su creencia los conduce a menudo a forjarse nociones estrechas y nada caritativas. Por tanto, es difícil determinar si en términos generales todo esto sea verdaderamente beneficioso.

En la Teosofía, tenemos un esfuerzo definido—hecho por la primera vez en cuanto al mundo occidental, ya que en la India estas cosas se han conocido durante muchos siglos—para presentar en forma científica los hechos del mundo invisible. Hay muchos sacerdotes y ministros de las varias denominaciones cristianas que os hablarán con firmeza acerca del mundo invisible, pero cuando les preguntáis cómo saben todo eso, encontráis que lo han tomado de la Biblia o de cualquier otro libro o que lo aceptan como una tradición que les ha sido confiada. Hace 2500 años advirtió el Señor Buda a sus discípulos el precaverse contra esto mismo, diciéndoles que no creyesen en algo porque estaba escrito en los libros o porque les había sido comunicado por tradición. Les dijo que ninguno aceptara un aserto con estas bases y les puso un sinnúmero de ejemplos de las razones viciadas en las que el hombre asienta su fé. Algunos tenían por verdades las que les parecían inspiraciones divinas; pero éstas, como las que se obtienen en libros y tradicciones, pueden ser verdaderas o falsas. El único criterio concluyente, decía, es el de si una enseñanza responde a vuestra propia razón y sentido común; si responde, la podéis aceptar y vivir según ella.

La Teosofía nos suministra una enseñanza que responde a nuestra razón y sentido común. Si un postulado no es razonable, no es por tanto Teosofía. Es esta una regla muy conveniente de recordar. Y nuestros Maestros nos han enseñado, en el mundo teosófico, cómo podemos comprobar por experiencia propia aquellas de sus enseñanzas que se refieren a cuestiones ultra-físicas, a cosas que aun no podemos ver, pero que lograremos algún día. Esto nos da un fundamento más fino y exacto que el suministrado por las doctrinas religiosas corrientes. La Teosofía está basada en la magnífica filosofía espiritual de Oriente, nó en una mera aserción dogmática de que la Biblia es la palabra de Dios, aserción que no puede ser probada.

Así como nosotros tomamos en consideración muchos factores que las gentes que no han estudiado esestas materias no consideran, así debemos saber un poco más bajo muchos aspectos que lo que ellas saben y, por lo tanto, estaremos capacitados para ordenar nuestras vidas en forma más satisfactoria, ya que conocemos algo del lado oculto de las cosas, mientras que la mayoría de las gentes están familiarizadas con su lado externo o con ideas tergiversadas de los hechos ocultos.

Tomando estos hechos internos en consideración, ¿qué nos dice la Teosofía acerca del patriotismo? Antes de responder a esta pregunta, definamos exactamente lo que significa el patriotismo, porque esta palabra, como muchas otras, se usa en un sentido difícil de justificar. Significa amor hacia nuestra Patria, pero a menudo se toma para dar a entender una actitud vocinglera y aparatosa con la cual un hombre alaba sin orden ni razón todo cuanto se relaciona con su propio país, rebajando y menospreciando cuanto es extranjero. Semejante ostentación no es verdadero patriotismo; sólo muestra mal gusto e ignorancia.

Cada país tiene, sin duda, ciertas peculiaridades que lo distinguen noblemente de los otros: el hombre sabio las reconoce y admite, alabando generosamente lo que merece alabanza, no empequeñeciendo a otros pueblos y naciones sino tratando siempre de hacer resaltar sus excelencias en vez de criticar sus puntos débiles. Al usar la palabra patriotismo, no quiero dar a entender esta acepción vulgar, sino el amor genuino hacia el propio país, el reconocimiento de cuantas odligaciones se le deben, y el deseo sincero de hacernos dignos de él y de hacer cuanto mejor podamos por él.

Algunos de nuestros hermanos teosófos parecen sostener que el patriotismo es un vicio. Esto no es ciertamente la opinión de aquellos que fundaron esta Sociedad. Nuestros grandes Instructores indos han hablado repetidas veces de su devoción hacia su Madre-Patria, y de la gratitud que sienten por los que la ayudan como nuestra gran Presidenta y otros trabajadores están haciéndolo. Mantienen con firmeza el patriotismo y antes de condenarlos por ello, examinemos cuidadosamente el asunto y tratemos de entender la razón que tienen algunos para calificar el patriotismo como (poniéndolo en la forma más suave) de sentimiento inconveniente.

Los que así piensan sostienen que en nuestra Sociedad, siendo ésta un núcleo de fraternidad universal, debemos sólo considerar a la humanidad en su conjunto. Es ciertamente hermoso que aprendamos a considerar a todos los hombres como hermanos, que sintamos por ellos ese amor, ese deseo de ayudar, que sentimos por los que nos son más cercanos así como queridos. Pero en ninguna parte se ha dicho que debemos tener iguales sentimientos por todas y cada una de las personas. Los grandes Instructores han amado sobremanera la humanidad. El Señor Buda se dolía de los males del mundo y dedicó su vida a mejorar las condiciones de él. Sinembargo, tenía amigos especiales; tenía un discípulo bienamado, Ananda, que no era el más sobresaliente de la "sangha" según se nos dice, pero que era por quien El tenía el mayor afecto personal. ¿No por tener un amigo era menos un gran Maestro. Jesús, también, tenía su discípulo bienamado, San Juan, pero nunca se ha insinuado que amase menos a la humanidad porque San Juan le fuese especialmente querido. Naturalmente, amamos a nuestros amigos particulares más que al resto de la humanidad, pero al mismo tiempo sentimos nuestra fraternidad por todos. No nos inclinamos en contra de un hombre porque sea de raza diferente. Realizamos que todas las naciones tienen su papel que jugar.

Un hecho que nos enseña la Teosofía es el de que existe un Gobierno Interno del mundo; que a pesar de los muchos fracasos, obstáculos y dilaciones causados por la ignorancia, el capricho y el egoísmo de los hombres, hay un progreso constante hacia el objetivo final, hacia "el lejano y divino acontecimiento hacia el cual se mueve toda la creación". Recordaréis lo que está escrito en uno de los libros teosóficos más bellos, "A los Pies del Maestro": "Dios tiene un plan, y este plan es la evolución". Cuando reconocemos el hecho y reconocemos la verdad de la enseñanza teosófica, acerca de las razas y subrazas sucesivas, hallamos que todas son necesarias y que ninguna es mejor que la otra, sino que cada una nos enseña una lección diferente. Podemos mirar esas razas pasadas y decimos sin orgullo: "Yo estuve en ellas y ahora me encuentro por encima, pero tengo mucho

más que aprender, todavía puedo llegar a ser más culto". Aun necesitamos del mandamiento: "No matarás". Así, existen etapas distintas, la del hombre civilizado y las del semi civilizado. No sé que la palabra civilizado sea la correcta. Un gran escritor, Eduardo Carpenter, publicó un libro llamado "Civilización, su causa y su cura"; leed este libro y encontraréis que hay mucho todavía que mejorar. Creo que debemos admitir que habrá clases superiores a la nuestra en el futuro, si no las hay ahora.

Pero existe otra diferencia fuera de la que existe entre almas viejas y jóvenes; es la de clases para diferentes materias. Debemos realizar que es el gran plan del hogar, las distintas razas, sus clases para el desarrollo de diversas cualidades. Puede nacer un alma dentro de cierta raza, por ejemplo, a fin de desarrollor valor y perseverancia, porque algunas razas viven en condiciones tales que la vida es contínua lucha. En lucha vivieron nuestros antepasados, con grandes durezas y sin los refinamientos de la civilización. Pero el resultado de sus esfuerzos fue la fundación de nuestro país. Australia se encuentra todavía en víspera de convertirse en una nación completa, porque no ha aprendido aún a desarrollar la virtud de la cooperación y del patriotismo.

Podemos observar que las distintas naciones tienen diferentes cualidades. Algunas se afanan principalmente por desarrollar el intelecto, la mente inferior; otras son artísticas; y los hombres nacen en unas o en otras de acuerdo con las cualidades que deban desarrollar.

No podemos decir que unas sean mejores que las otras, porque cada una tiene los defectos de sus cualidades. Por ejemplo, la vida artística, lleva consigo una mejor apreciación de la idea de belleza; pero necesita un cuerpo sensitivo para expresarla. Así encontramos que los artistas son más sensitivos, pero a veces un poco menos morales según vuestras nociones; pero ellos tienen sus propias nociones y se desarrollan de acuerdo con ellas. Se puede así entender cómo acontece que un alma es colocada en una raza y a veces en otra, para desarrollar todos sus aspectos.

Existe, sin embargo, otra consideración. Un hombre puede nacer en una raza porque ama ya el arte o porque necesita desarrollar el amor del arte. Si logramos obtener la visión más amplia de todo esto y nos damos cuenta de que no nacemos en una raza por el mero azar, de que nacemos para aprender alguna lección que la raza nos tiene que enseñar o para ayudar a otras almas que se encuentran en ella, inmediatamente el asunto adquirirá un nuevo aspecto. Comenzaremos a ver que debemos hacer lo mejor que podamos por nuestra raza; si tenemos que enseñar arte debe ser la mejor clase de arte; si debemos desarrollar el intelecto, ha de ser por los cauces más convenientes.

Algunas veces se designa nuestro país con el nombre "Fatherland" (suelo paterno) o con el de "Motherlad" (suelo materno); y seguramente la designación es algo más que meramente poética, porque el deber que tenemos hacia nuestro país se asemeja en muchos aspectos al deber que tenemos hacia nuestra madre. Nacemos un país, quedamos sujetos a sus leyes y a su protección, y él debe tratarnos como una madre trata a sus hijos. Pero estos beneficios deben ser compensados, y así debemos pagarlos haciendo que el país sea bello y honorable. ¿Por qué? Primero, porque es lo correcto; segundo, porque el

país debe capacitarse para cumplir con los deberes que de él se esperan. No puede jugar el papel que el hogar le ha fijado si no lo hacemos tan bueno como sea posible.

Como ya he dicho, el hogar arregla sus clases, y luego envía a ellas las gentes adecuadas, ya sea para ayudar en el trabajo como maestros, o como discípulos que deban aprender una lección. Así tenemos un lazo muy real y verdadero con el país en que nacemos. Es lógico que tengamos mayor afecto por nuestra propia familia que por el encontradizo casual que no conocemos. Lo mismo sucede con la nación y en las dos cosas se enseña la misma lección de altruismo. El salvaje, en sus comienzos, sólo piensa en sí mismo. Poco a poco se da cuenta de que él y sus compañeros deben agruparse en una tribu, y que esto es mejor que estar pensando cada uno por aparte. Si el hombre puede ensanchar su conciencia, y pensar de la tribu en su conjunto, se puede hablar de "nosotros" en vez de "yo", esta acción es ya un adelanto definido. Cuando llegamos al concepto de nación, comenzamos a sentirnos orgullosos de ella, a sentirnos que debemos defender su honor y que debemos vivir a la altura de su reputación. El hombre se dice: "Soy un inglés, un francés, un italiano, un indo, un australiano"—según el caso—"Debo hacer todo lo posible por no traer el deshonor a Inglaterra, Francia, Italia, India, Australia". Este es el legítimo orgullo nacional, que nunca debe degenerar en desprecio hacia los otros pueblos.

Me gustaría que comprendieráis que el esfuerzo que está haciendo nuestro hermano, el Obispo Arundale, para levantar el patriotismo en Australia y para agrupar a los australianos en una nación feliz, es siguiendo instrucciones de los Poderes del otro lado. Por lo tanto, es un movimiento excelente, algo que debéis apoyar y ayudar, conociendo que con ello estaréis realizando el plan de la Jerarquía. Es conveniente que miremos a los hechos desde su aspecto interno y no únicamente desde el plano físico. No se desea intervenir en absoluto con nuestro sistema de gobierno, pero hay que hacer lo posible por mejorarlo y mantenerlo puro, limpio y honorable; debemos marchar juntos para convertir a la nación en lo que desearíamos que fuera. Aquí tenéis una oportunidad maravillosa. No existen muchos países en la situación del vuestro, que tenga tanto territorio y tan poca población. Hay campo para muchos, pero deben suministrarse las condiciones para que cada uno gane su sustento. Debe ser obligación de todo gobierno el tratar de arreglar las condiciones para que la población aumente.

Existen muchos individuos, colocados en ciertas situaciones, para los cuales no es muy aceptable la idea de una mayor población. Pero en eso hay egoísmo; nuestro primer deseo debe ser el de hacer grande nuestra nación. Es algo bueno tener una población grande, es bueno mantener todos estos millones de acres, pero recordad que es todavía mejor, ser honorables, justos y honrados. Todas estas cosas deben existir en nuestro país, ya sea que nuestra población crezca o disminuya; debamos hacer que nuestra administración sea limpia y pura. El honor es la virtud máxima de un país, así no debemos esquivar nuestros esfuerzos para alcanzarlo y para promoverlo, sea lo que de ello se derive. Esto es verdad y cuando estamos, como en este país, en la situación de construir una nación digna de ser heredada por nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos, nuestro deber evidente es el de

hacer la nación más buena que podamos y encaminarla desde ahora por sus verdaderos carriles. Fuera de las muchas dificultades que se hallan en el camino, fuera de los muchos enemigos que debemos encontrar, existen aquellos que, llamándose sus amigos, desean destruirla por métodos maliciosos y subterráneos. No es a estos Poderes oscuros a quienes debemos solicitar ayuda, sino que por nuestros esfuerzos tenemos que forjar un espléndido Estado, que por razón de su honor y del patriotismo vehemente de sus hijos, guíe al mundo.

En verdad, mucho de esto, de que se ha hablado a otros ciudadanos de un país separado del nuestro por el mar, un país que ya tiene el "Dominion Status" a que los sanos políticos indos están aspirando, es aplicable a la India también, aunque India sea la más antigua de las naciones. Aquí necesitamos de un patriotismo inteligente, de un amor intenso hacia la Madre-Patria que conduzca a todos los indos a trabajar conjuntamente por el bien del país en general, a ver qué papel debe desempeñar esta nación grande y espléndida en el plan de la Jerarquía y a ayudarle para que lo desempeñe; un patriotismo que sea clarividente y que impida a sus hijos ser seducidos por cabecillas ciegos e ignorantes que los lleven a burlar ese plan y a perder una oportunidad magnífica. Por bien intencionados que sean los que tratan de conducir a la India para que abandone el sendero de la rectitud, el desarrollo constante y pacífico, a fin de sumirla en el salvajismo y la sedición, los que tratan de persuadirla para que prefiera el aislamiento a la cooperación, no son los amigos verdaderos de la India, sino más bien sus peligrosos enemigos.

India no tiene mejor amigo que el Obispo Arundale, un amigo que ha trabajado lealmente por ella durante muchos años y conoce perfectamente sus verdaderos intereses. Hablando a un vasto auditorio en un Domingo de Pascua, dijo:

"He vivido por más de veinticinco años en la India y aunque me veo obligado a decir que el movimiento de Gandhi por la independencia parece ser completamente inadecuado y peligroso, sin embargo señala el inevitable golpe de péndulo que conduce de la servidumbre a la anarquía. Lo que queremos en la India es el sendero medio. Lo que queremos es una India libre para que goce y se aproveche de su gran genio en la civilización y en la vida humana, y que sea, no obstante, copartícipe de la gran liga de naciones que se llama el Imperio Británico. Es un ideal superior trabajar juntos a permanecer aislados. Es un ideal superior, tanto para las naciones como para los individuos, ser camaradas. La India será más fuerte, el Imperio Británico será más fuerte, el mundo entero ssrá más feliz, si Oriente y Occidente marchan juntos en el gran sendero de la vida. Esta es la esperanza del Imperio; esta es la esperanza del Oriente y del Occidente.

"La India se despierta en verdad. Pero tiene que acordarse de sí misma, despertar a la grandeza que antaño conoció; y cuando recuerde por completo esa grandeza, gozará una vez más de ella. La India tiene un pasado lleno de majestad, es la heredera de un patriotismo poderoso de espléndida cultura, patriotismo de la civilización occidental tanto como de ella misma. Ella está recordando, pero todavía no ha terminado de recordar".

La India haría bien en seguir este consejo venido de un amigo verdadero, de uno que la conoce y la ama, de uno que se halla en situación de conocer el Gran Plan, porque se encuentra ocupado en realizar parte de

él. De seguro la India necesita patriotismo, pero éste debe ser inteligente, patriotismo que la conduzca no a la catástrofe sino a un progreso constante y ordenado. Que Dios conceda sabiduría a sus hijos, y la empuje por el sendero que la gran Jerarquía le ha marcado!

(Traducción especial para «Virya», hecha del «Adyar Theosophist» de junio de 1930.)

ALOCUCION

DE DON JULIO ACOSTA GARCIA, PRESIDENTE DE LA LOGIA "VIRYA", EN LA VELADA CON QUE SE CELEBRÓ EL 83º NATALICIO DE LA

DRA. ANNIE BESANT

Señores:

Otra vez nos reunimos aquí esta noche para celebrar un nuevo aniversario de Annie Besant, Presidente de la Sociedad Teosófica. Otra vez venimos a recordarla, a recordar y agradecer su labor universal y fecunda, a considerar su esfuerzo siempre juvenil y poderoso, a valorar su intervención incesante en pro del adelanto humano; pero no voy a repetir esta noche los detalles que ya nos son tan familiares y que se pueden encontrar extensamente tratados en su Autobiografía y en numerosos artículos de revistas teosóficas, los detalles que se han repetido en millares de discursos y cuyo eco ha llegado, como un murmullo de admiración, a todos los rincones de la tierra. Nos basta volver a ella nuestros pensamientos, por cortos instantes, para vigorizar en nosotros la certidumbre de una feliz renovación del mundo por medio de la fraternidad y del amor, y es así como vamos a rendirle el único homenaje digno de ella, de ella que no aspira a ningún premio, que renuncia a toda recompensa, a todo fruto de las actividades incansables de su talento y de su corazón.

Objeto de ardiente discusión es hoy en el mundo la obra de la S. T. y de la señora Besant; pero en medio de la confusión que de esto se origina y que ha puesto a vacilar a más de un espíritu, se destaca la figura magnífica de la Presidente de la S. T., siempre en movimiento, de un confín a otro del globo; siempre enérgica, dispuesta siempre a la lucha y consagrada siempre al triunfo de un ideal. Nada la doblega ni la asusta nada, porque no ha puesto sus ojos en ninguno de los intereses que establecen la división entre los hombres, y por lo mismo son efímeros y pasajeros, sino en los que han de unir en un todo de armonía divina a la humanidad, a la naturaleza y a Dios, que son eternos y que nunca jamás dejarán de ejercer secreta e indeficiente influencia en la paz y en la guerra, en la barbarie y en la cultura, en la ignorancia y en el conocimiento, así como nunca jamás dejarán de verter su luz en las horas de dolor y en los minutos de alegría que estremecen por tiempos el corazón de los hombres.

En el seno mismo de la S. T., y con más fuerza después de la aparición del señor Krishnamurti, la diversidad de sentimientos ha

plantado sus reales, y hay en ella quienes la aman y quienes la condenan, pero basta colocarse en el centro y contemplar la obra de esa mujer desinteresada, fuerte y altruista, para sentir hacia ella el más profundo respeto y la admiración más sincera; porque no ha laborado para ella misma durante su larga vida, sino para el mundo; porque no ha defendido los derechos de una raza, ni de una casta, ni de una corporación, ni de un hombre, sino los derechos de todos los seres que en el orbe alientan y se mueven, y que van en ascensión lenta y trabajosa hacia las cumbres llameantes de la Vida. Mirada desde ese punto de vistr, no existe hoy en el mundo una mujer más gloriosa ni más grande, no existe hoy en el mundo una mujer que haya hecho más por las criaturas inferiores de la evolución, que haya colaborado con más voluntad y más genio en la obra vigorosa de la cultura universal.

La Presidente de la S. T. nos ha enseñado a conocer, en una labor paciente de muchos años, el a b c de la ley del Amor, que es el a b c del conocimiento humano. Con datos de la Ciencia Arcaica, guardados en bibliotecas tan reales como las de Londres o París, pero que pueden, sin embargo, por su mismo misterio, merecer el nombre de «ciencia revelada» que les da el señor Van Der Leeuw; con documentos de la ciencia oficial contemporánea, cuyo empuje y valor ella reconoce y proclama; con observaciones personales que hace ella con el auxilio de las facultades prodigiosas de su intelecto, entre las que descuella una intuición superior, y ayudada, además, por su elocuencia, su fama y la expresión sugerente de toda su persona, que le dan una belleza venerable e impresionante; con todo ese acopio de elementos eficaces, que la hacen dueña de un poder singular, solo compartido por Helena Blavatsky, aunque el hado de la Fundadora fuese más rudo y cruel en apariencia, Mrs. Annie Besant ha sido nuestra maestra y nos ha dado como base inconmovible, quizá no aprovechada por nosotros en toda su amplitud, esa ley del Amor, que es al mismo tiempo la base de todo el edificio teosófico. Así hemos comprendido, mal o bien, y hemos aquilatado, con éxto más o menos grande, los diferentes matices del Amor, que es el conocimiento último de la Sabiduría. Por eso mismo sentimos y sabemos que el amor que nos echa en brazos del ser amado, y al que vamos empujados por la secreta fuerza de la perpetuidad de la estirpe, es bello y grande; pero a la vez intuimos que es más grande y más bello morir por la defensa de un niño; que es grande luchar por las conquistas del trabajo asiduo, pero que es más grande ofrendar la vida en aras de la patria; que es bello y grande morir por la patria y por todo lo que ella santifica y representa, pero que es más bello y más grande perecer en defensa del derecho y la justicia y colocar resueltamente nuestra vida a los pies de un ideal que abarque al mundo. Y de etapa en etapa, de cumbre en cumbre, de astro en astro, y superándonos más cada día, a medida que nos desprendemos del peso de la carne, comprendemos que el Amor es la Unidad y que ese sentimiento de la Unidad es el que brilla en los ojos fascinantes de la novia, en la compasión que nos acerca a nuestros semejantes infortunados, en nuestro interés por el bien procomunal, en el respeto a los varones ilustres y a los servidores de la humanidad, en el éxtasis ante las obras de arte, que son visiones de la Verdad, en las instituciones humanitarias y filantrópicas para aumentar el bie-

nestar general; en todas las delicadas expresiones de la natuaaleza que nos seducen y arrebatan por su color o por su forma; en la elocuencia de los oradores generosos y en la aceptación callada y placentera del propio sacrificio, que al apaciguar el corazón ajeno crea en nuestros mismos corazones el reino indefinible de la paz.

Todas esas manifestaciones del Amor, todos esos efectos maravillosos y crecientes de la Unidad, todas esas aspiraciones a veces vagas, a veces invencibles y omnipotentes, que nos conducen a las proezas heróicas, superiores a las satisfacciones fugitivas de los sentidos físicos y que no alcanzan a agitar los planos superiores del espíritu; todas esas ansias de los poetas, expresadas en cantos de sabor cósmico, y por lo mismo extraños e inquietantes; esos trazos perfectos de los pintores y de los arquitectos; esas conformidades sublimes en las desesperaciones más sombrías; esos ensueños que nos mantienen siempre en pie ante los escombros dolorosos de nuestras ilusiones, que apenas muertas ya se están vistiendo con los ropajes áureos de nuevas fantasías poetizadoras de la vida; todas esas imágenes inasibles y supra-etéreas que en el fondo ignoto de nuestras almas dan vida, unos tras otros, a los sistemas religiosos, que en cada época de la evolución espiritual, y cada vez con galas más refinadas, se presentan afirmando la eternidad de la vida; todas esas tinieblas como las de la hora presente, que a pesar de su cerrazón no son más que el anuncio de nuevas auroras; todo ese hervir de la vida, que a veces es luz y oscuridad a veces, que a veces es dolor y a veces alegría, que a veces es crimen y a veces es virtud; todo eso que atormenta al hombre de todas las razas y que hace de él en ocasiones un angel y en ocasiones un demonio; todo eso señores y hermanos, es la Ley del Amor que no desdeña forma, ni aun la más grotesca; que no desprecia línea, ni aun la más imperceptible; que acepta todos los caminos imaginables, así sean de dicha o de dolor, así sean rectos o tortuosos, para hacer del barro pútrido una estatua de blanco mármol, del carbón negrísimo un diamante, de la brasa ardiente del odio un resplandor del cielo, del hombre-fiera un instructor divino, de la mujer impura una sierva sabia y casta de la Vida, de la Belleza y del Amor, que unidos dan una pálida idea del misterio incomprensible de Dios.

Por eso, Annie Besant, en este tu octogésimo tercero aniversario, me vuelvo hacia tí para agradecerte el bien que has hecho al mundo, luchando, desde que tuvistes uso de razón, y guiada por los ardores de tu materialismo humanitario, por lo que tú creístes que beneficiaba y aprovechaba al mundo; porque tú alentaste al mísero y le diste fuerzas y lo alumbraste con la luz de la esperanza cuando él sentía en su cansada carne la garra de la injusticia social; porque tú animaste a la mujer y a la madre y al niño en su brega dolorosa hecha de hambre y desnudez; porque tú has proclamado las jerarquías humanas, que son hijas legítimas de la evolución, creadora de desigualdades, pero que va por sendero implacablemente recto a la felicidad final; porque tú anunciaste, como las viejas profetisas de los bosques druídicos, la venida de un Instructor del Mundo que continuaría la tradición arcaica de los que fueron la luz y la sal de la tierra, y preparaste sus caminos con modestia y humildad; porque tú aceptaste con mansedumbre tus errores, que han de ser la última ordalía de tu condición terrena; porque tú has alimentado en Costa Rica este centro de fraternidad y de interés constante por los problemas humanos, sin la imposición de ningún dogma, sin que

jamás se hayan cerrado sus puertas a ninguna expresión del pensamiento; porque entre las convulsiones políticas y sociales que hacen ahora temblar a la civilización, tú has sembrado con fe y perseverancia, como una labradora de los cielos, las eternas semillas del Amor.

A PROPÓSITO DE VIVEKANANDA

DEDICADO A LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Del «Repertorio Americano» Nº 13.

Rafael Cardona ha hablado sobre Vivekananda y me ha dejado una impresión de vibración, de alud que busca un cauce. Me cita en el hermoso artículo, y yo, más por compartir con el admirado amigo el tema que por el pretexto de acudir a la cita, vengo a buscar la culta hospitalidad del *Repertorio* para decir alguna palabra, de rectificación por una parte a las de Cardona, de recuerdo y homenaje, por otra, a su juventud, a su talento, cuyos impulsos y turbulencias tuve la fortuna de convivir por tantos años.

No se duela él de que en el seno de la llamada Sociedad Teosófica hubiera para su anhelo vedantino «una empalizada de manos». Complázcale, por el contrario, que los hombres que buscaban en aquel rincón apacible un poco de verdad no quisieran admitir al pronto el nuevo evangelio. Signo de noble entereza fué. Ya sabe mi comprensivo compañero que ha de ser por un proceso de propia maduración y de *dolor* interno como se realiza en el espíritu del hombre la imagen de la verdad.

Vivekananda no puede llegar a todas las mentes como la luz, a pesar de que él es la Luz. Lo dice él mismo: "No puede haber inteligencia sin alguna suerte de materia". Y lo que hay de materia en nuestra mente tiene que esforzarse en su radiación para que palpite la idea. Cierto que el hombre es la medida de las cosas, según el aforismo del filósofo griego; mas ¿quién es *hombre?*

Précieme de haber amado y de haber querido comprender el «JNANA YOGA» (no el Raja Yoga) de Vivekananda desde los mismos días aurorales en que Cardona se prevenía contra los teósofos de Costa Rica. Yo, en cambio, sin ser militante oficial de la Sociedad Teosófica, busco la oportunidad para rendirle homenaje de gratitud por haber difundido ella un gran aliento espiritual en esta hora de desdén y de vano alarde; y de reconocimiento, por haber querido comprender la Verdad *con el instrumento del alma*, queriendo elevar así la conciencia a un plano racional de concreción humana.

Bien está la obra de Romain Rolland para que vuelen en las alas de sus libros estas vidas iluminadas. Pero sirva tal oportunidad para exaltar más bien, para glorificar interiormente si ello fuere posible, a aquellos que nos abrían con temblorosa mano devota el sendero y nos daban aliento superior para poder desenmarañar la maraña. Yo, por mi parte, me levanto del silencioso regazo espiritual en que sueño hace algunos años, alzo las manos como si quisieran convertirse en antenas y saludo al poeta, al visionario de los veinte años, al Cardona místico y soñador que se abismaba conmigo en estas páginas extrañas, y no miro «los méritos de una doctrina por la clase de

gentes que la siguen». Acaso el Buda no sea hoy seguido por los mejores hombres del mundo. Sin embargo, el Buda es y será en la eternidad la primera floración humana, en la Evolución Hominal, el primer Hombre!

Pero ya no hay budistas, ni teosofistas, ni espiritistas. O, al menos, no debe haberlos. *La Filosofía Esotérica reconcilia todas las religiones, despoja a cada una de ellas de sus vestiduras humanas exteriores y demuestra que la raíz de cada cual es idéntica a la de las demás grandes Religiones.* (Doctrina Secreta T° I.)

Y quién—dicho con toda justicia—, nos ha traído por primera vez la lucesilla que alumbró siquiera un recodo del camino? Fue la Sociedad Teosófica. El mismo libro de Vivekananda—de pasta purpúrea—que le arrojara desde un balcón su novia, como dice Cardona, prueba que fue a él también la Teosofía la que lo indujo por este conocimiento. Porque su novia—bien recuerdo a la noble amada del trovero de entonces—era cifra muy distinguida en aquel núcleo teosófico.

En aquella sociedad aprendimos que el Swami *fué nacido dos veces*, como el Kshatriya que abandonó su casa real, se despojó de la púrpura de su manto y fue a compartir el dolor de los hombres. Fue allí, en aquella modesta y generosa asociación, donde se juntaban Omar, Brenes Mesén, Povedano, su hermano Jorge y otros, fue allí donde oímos los muchachos una palabra original, nueva, elevada, acerca de la naturaleza de las cosas, acerca de planos de evolución. Allí vinimos a comprender la Gran Unidad del Plan Evolutivo; eje y corolario de la doctrina de Vivekananda.

Verdad es que no era preciso que allí halláramos el raro nombre de este Juan que trajo al Occidente la luz privilegiada de su pueblo; en la lírica encendida de Amado Nervo habíamos encontrado hacía tiempo el comentario de sus ideas.

La VEDANTA es tan antigua para los occidentales como el «BHAGAVAD-GITA», (libro éste para mí, el de mayor importancia espiritual que he conocido en cuanto a una ideación histórica trascendente. Data del siglo VI antes de Jesucristo), y la Vedanta ha merecido elogios de grandes hombres: Max Müller, Paul Deussen, Víctor Cousin, Federico Schlegel, Schopenhauer, James, Huxley, etc.

Pero valga todo esto como digresión simple para decir nuestro homenaje a la Sociedad Teosófica, a la que somos deudores, inclusive Cardona, de una noble y elevada inquietud que nos prendió en buena hora. Valga así mismo como recuerdo de cariño y admiración para el lejano compañero cerca de quien empezamos a develar el velo....

Es importante para los lectores del *Repertorio* que hayan querido seguirnos, el saber qué expresa, cómo se manifiesta en lo fundamental la enseñanza del Swami Vivekananda.

Ninguna obra suya más expresiva de su doctrina que ésta del «JNANA YOGA», editada por la *Sociedad Vedanta de Buenos Aires*, y por lo que merece singulares parabienes la editorial, ya que empresas de esta índole no van tras el señuelo económico sino que se alientan en una aspiración meritísima.

Hablando del autor de esta obra escribía James: "El perfecto modelo de todos los sistemas monistas se encuentra entre los hindúes, en la Vedanta, doctrina fundada sobre sus Vedas, y el perfecto modelo de sus misioneros vedantistas fue el Swami Vivekananda, que visitó la América". («Pragmatismo», Cap. VIII.)

Empieza a decirnos en esta obra el sabio hindú algo que todos sabemos pero que no hemos querido reconocer: QUE LAS RELIGIONES NO PROCEDEN DE AFUERA SINO DE ADENTRO.

Así, la Religión es la fuente de la Sabiduría, de la única Sabiduría, del *Jnana*, que tal quiere decir el título de la obra.

Lo que se ha dicho actualmente a través del genio de Einstein; lo que han experimentado los cultivadores de la geometría no euclidiana, Lambert, Gaus, Riemann; lo que realizaron Hertz, Maxwell, Lorentz, Faraday, Larmor; toda la maravilla que concentra el telescopio del Observatorio del Monte Wilson, que mide dos metros y medio de diámetro, y el rosal de mundos rutilantes que recoge la pupila humana desde el reflector más amplio hasta el más modesto anteojo; todas las experiencias astronómicas de Passadena—donde se construye actualmente un anteojo con cinco metros de diámetro—; todas las disquisiciones metafísicas, todas las observaciones de la Vía Láctea de Jeans, de Eddinton, de Adams y de tantos sabios que actualmente distienden su alma visionaria hacia el infinito, así como toda la luz que pusieron sobre el cielo de su época Galileo, Képler, Copérnico, Newton, toda la inquietud de los universos visibles e invisibles y toda la angustia de la Filosofía, todo está como puesto en la divina simplicidad de este libro. Como si la palma de su mano sostuviera la Verdad. Como si una flor de loto se ofreciera para regazo de todos los universos.

Tal la simplicidad, tal la profundidad, la belleza infinita y extraña de esa enseñanza que el Vivekananda da a los hombres y que los hombres, o se sonríen soberbios, o la rehuyen, temerosos y cándidos.

En un próximo apunte, para no ser excesivo, trataremos de dar alguna idea de los principios fundamentales de esta enseñanza, que reside en la Unidad de toda cosa creada e increada y en la Unidad del propósito hacia una Evolución Deífica.

ROGELIO SOTELA

COMÓ LLEGÓ A MÍ LA TEOSOFÍA

(CONTINÚA)

POR EL REV. C. W. LEADBEATER.

Tomado de "El México Teosófico".

Estas reuniones de la Logia Londinense fueron, casi, nuestras únicas fuentes de información teosófica en aquellos días. Yo considero que éramos un conjunto excepcional de estudiantes sinceros, pero en realidad no teníamos lo bastante para estudiar. Como complemento a los dos libros de Mr. Sinnett, teníamos el trabajo monumental de la Sra. H. P. Blavatsky, titulado "ISIS SIN VELO"; y también el magnífico libro de la Sra. Ana Kingsford, llamado "EL CAMINO PERFECTO, O CÓMO ENCONTRAR AL CRISTO". Este último libro contenía muchísima información, pero dada desde un punto de vista enteramente distinto de los libros del Sr. Sinnett; y, para la mayor parte de nosotros, mucho más difícil de seguir. "Isis sin Velo" es un vasto caos de los más interesantes asuntos, pero encontramos que era muy difícil inferir de todo eso algo que pudiera llamarse un sistema coherente y definido. Con todo, luchamos como mejor pudimos, y, un poco más tarde, tuvimos el más grande incentivo al saber que el Maestro Kut Humi estaba complacido por los esfuerzos que habíamos

hecho y que enviaría de la India a uno de sus propios discípulos para ayudarnos en nuestro trabajo.

Este discípulo era el señor Mohini Mohun Chatterji, joven abogado de Calcuta. Llegó a Londres con el coronel Olcott, a principios de 1884. Debo decir que él nos fué extremadamente útil; pues debido a sus explicaciones, obtuvimos la primera idea clara del Sendero de la Iniciación y sus requisitos. Una relación de ellas, en sus propias palabras, aparece en la primera de las célebres *Transacciones de la Logia Londinense.*

Bien recuerdo la noche de su primera visita, en una de las recepciones en casa de Mr. Sinnett. El coronel Olcott y Mohini permanecían de pie en frente de la chimenea, mientras más de doscientas personas fueron desfilando, siendo presentadas a ellos, una a una. Entre estas últimas se encontraba el llamativo señor Oscar Wilde, quien siempre daba la impresión de querer aparecer distinguido (por no decir bizarro) tanto en modales como en indumentaria. Recuerdo que en aquella ocasión se hallaba vestido de terciopelo negro, con pantalón corto y medias blancas. Se acercó a Mohini, fué presentado a él, se inclinó gentilmente, y al retirarse dijo teatralmente a la Sra. Sinnett, en voz baja que bien se escuchó: "Nunca comprendí hasta ahora lo equivocados que estamos al ser blancos". Mohini, siendo Brahmán, estaba poco versado en las costumbres occidentales, por lo que se me figura que no era de su gusto verse tomado de la mano por aquella multitud de Mlechhas que olían a vino. Parecía muy enfermo; pero resistió noblemente, de tal manera que ninguno de nosotros tuvo la menor idea acerca de lo que sucedía. Contestó pacientemente muchísimas preguntas que debieron parecerle necias e increíbles tonterías; y salió del paso aureolado de prestigio, como el héroe de la velada. La mayor parte de las ancianas damas lo miraban con respetuoso temor.

En el curso de mis investigaciones acerca del espiritismo, tuve contacto con la mayor parte de los "mediums" prominentes de la época (como ya lo dije antes) observando cada uno de los fenómenos ordinarios de que tratan los libros sobre estos asuntos. Un medium con quien tuve mucho que ver fué Mr. Eglinton; y aunque se me dijo algo en contra suya, debo atestiguar que en todos mis tratos con él, encontré que era recto, razonable y cortés. Varios seres se comunicaban por él: una muchacha pielroja que se llamaba Margarita y que charlaba con volubilidad en toda ocasión, apropiada o inapropiadamente. Otro era un árabe alto, llamado Abdulláh, de más de seis pies, quien nunca hablaba pero producía notables fenómenos, y frecuentemente ejecutaba suertes de gran fuerza. Lo ví levantar simultáneamente a dos hombres de gran peso uno en cada mano. Un tercer sujeto que frecuentemente hacía su aparición, era Ernesto, el cual se materializaba relativamente pocas veces, pero casi siempre hablaba con voz directa y escribía con letra firme y bien entrenada. Un día, conversando con él, se dijo algo referente a los Maestros de la Sabidurla. Ernesto se refirió a ellos con la más profunda reverencia, y dijo que en diversas ocasiones había tenido el privilegio de verlos. Inmediamente le pregunté si estaba preparado para llevar un mensaje o carta para Ellos, a lo que contestó que lo haría gustoso entregándola en cuanto se presentara la oportunidad; pero que no podía decir exactamente cuándo podría ser.

Debo mencionar a este respecto que tuve después un buen ejemplo de lo poco que se puede confiar en tales comunicaciones. Mucho tiempo después algún espiritista escribió a

«LIGHT» explicando que era imposible que existieran tales Maestros, porque Ernesto se lo había dicho así de modo categórico. Escribí al mismo periódico diciendo que yo sabía precisamente por la misma desautorizada autoridad que los Maestros existían, y que Ernesto los conocía bien. En cada caso, Ernesto había reflejado el pensamiento del investigador, pues tales entidades así lo hacen con frecuencia.

Volviendo a mi relato, debo decir que acepté al punto aunque provisionalmente, el ofrecimiento de Ernesto. Le dije que iba a escribir una carta para uno de esos Grandes Maestros y que se la confiaría, siempre que mi amigo y maestro, el Sr. Sinnett lo aprobara. Cuando pronuncié este nombre, los «espíritus» se sintieron muy conturbados; especialmente Margarita se puso muy colérica y declaró que bajo ninguna circunstancia trataría con Mr. Sinnett. «Nos llama cascarones», dijo con grande indignación. Yo, blandamente, hice hincapié en el hecho de que todo lo que sabía de Teosofía, lo debía a Mr. Sinnett, y que, en consecuencia, no encontraba justificado hacer algo sin su consentimiento, ni tratar de encontrar otros medios de comunicación sin antes consultarle. Por fin y aunque de mala gana, los «espíritus» consintieron en que se le consultara, con lo que terminó la sesión. Cuando Eglinton volvió de su trance, le pregunté cómo me las arreglaría para enviar una carta a Ernesto. Me dijo al punto que si quería dejarle la carta, la pondría en un buzón que colgaba de la pared, y así Ernesto podría tomarla cuando quisiera.

Escribí al Sr. Sinnett pidiéndole su opinión sobre todo esto. Le interesó vivamente, y me aconsejó que aceptara al punto tal ofrecimiento para ver qué resultados se obtenían.

Después de eso, me fuí a casa y escribí tres cartas. La primera fué para el Maestro K. H., diciéndole, con toda reverencia, que desde que había conocido algo de Teosofía, mi único deseo era ponerme bajo Su dirección en calidad de discípulo. Le hablé sobre la situación en que yo me encontraba por ese tiempo, y le preguntaba que si era indispensable pasar en la India los siete años de prueba de que había oído hablar. Metí la carta en un sobre pequeño, y la sellé cuidadosamente con mi propio sello. La adjunté a una carta para Ernesto, en la que le recordaba su promesa, rogándole enviara la carta mencionada, y si se obtenía respuesta, me la llevara. Sellé esta segunda carta en la misma forma que la primera, e incluí ambas en una nota para Eglinton, suplicándole las pusiera en su buzón, y que me hiciera saber si había alguna noticia a este respecto. Pedí a un amigo mío que se hospedaba en mi casa, que examinara los sellos de las dos cartas con un microscopio, para que, si volvían a nuestro poder, pudiéramos enterarnos si alguien las había abierto. A vuelta de correo, recibí una carta de Eglinton, diciéndome que había puesto debidamente la carta para Ernesto en el buzón de su casa, y que ya había desaparecido; que si llegaba contestación, me la expediría desde luego.

Pocos días después recibí una carta dirigida por alguien que me era desconocido; pero, al abrirla, descubrí mi propia carta, que en apariencia no había sido abierta. El nombre de «Ernesto» en la cubierta, había sido tachado y más abajo habían puesto el mío escrito a lápiz. Nuevamente examinamos el sello mi amigo y yo, con el microscopio, no pudiendo descubrir la menor huella de que hubiera sido abierta. Por tanto, ambos convinimos en que era completamente imposible que tal cosa hubiera sucedido. A pesar de eso al desgarrar

hecho y que enviaría de la India a uno de sus propios discípulos para ayudarnos en nuestro trabajo.

Este discípulo era el señor Mohini Mohun Chatterji, joven abogado de Calcuta. Llegó a Londres con el coronel Olcott, a principios de 1884. Debo decir que él nos fué extremadamente útil; pues debido a sus explicaciones, obtuvimos la primera idea clara del Sendero de la Iniciación y sus requisitos. Una relación de ellas, en sus propias palabras, aparece en la primera de las célebres *Transacciones de la Logia Londinense.*

Bien recuerdo la noche de su primera visita, en una de las recepciones en casa de Mr. Sinnett. El coronel Olcott y Mohini permanecían de pie en frente de la chimenea, mientras más de doscientas personas fueron desfilando, siendo presentadas a ellos, una a una. Entre estas últimas se encontraba el llamativo señor Oscar Wilde, quien siempre daba la impresión de querer aparecer distinguido (por no decir bizarro) tanto en modales como en indumentaria. Recuerdo que en aquella ocasión se hallaba vestido de terciopelo negro, con pantalón corto y medias blancas. Se acercó a Mohini, fué presentado a él, se inclinó gentilmente, y al retirarse dijo teatralmente a la Sra. Sinnett, en voz baja que bien se escuchó: "Nunca comprendí hasta ahora lo equivocados que estamos al ser blancos". Mohini, siendo Brahmán, estaba poco versado en las costumbres occidentales, por lo que se me figura que no era de su gusto verse tomado de la mano por aquella multitud de Mlechhas que olían a vino. Parecía muy enfermo; pero resistió noblemente, de tal manera que ninguno de nosotros tuvo la menor idea acerca de lo que sucedía. Contestó pacientemente muchísimas preguntas que debieron parecerle necias e increíbles tonterías; y salió del paso aureolado de prestigio, como el héroe dè la velada. La mayor parte de las ancianas damas lo miraban con respetuoso temor.

En el curso de mis investigaciones acerca del espiritismo, tuve contacto con la mayor parte de los "mediums" prominentes de la época (como ya lo dije antes) observando cada uno dè los fenómenos ordinarios de que tratan los libros sobre estos asuntos. Un medium con quien tuve mucho que ver fué Mr. Eglinton; y aunque se me dijo algo en contra suya, debo atestiguar que en todos mis tratos con él, encontré que era recto, razonable y cortés. Varios seres se comunicaban por él: una muchacha pielroja que se llamaba Margarita y que charlaba con volubilidad en toda ocasión, apropiada o inapropiadamente. Otro era un árabe alto, llamado Abdulláh, de más de seis pies, quien nunca hablaba pero producía notables fenómenos, y frecuentemente ejecutaba suertes de gran fuerza. Lo ví levantar simultáneamente a dos hombres de gran peso uno en cada mano. Un tercer sujeto que frecuentemente hacía su aparición, era Ernesto, el cual se materializaba relativamente pocas veces, pero casi siempre hablaba con voz directa y escribía con letra firme y bien entrenada. Un día, conversando con él, se dijo algo referente a los Maestros de la Sabidurla. Ernesto se refirió a ellos con la más profunda reverencia, y dijo que en diversas ocasiones había tenido el privilegio de verlos. Inmediamente le pregunté si estaba preparado para llevar un mensaje o carta para Ellos, a lo que contestó que lo haría gustoso entregándola en cuanto se presentara la oportunidad; pero que no podía decir exactamente cuándo podría ser.

Debo mencionar a este respecto que tuve después un buen ejemplo de lo poco que se puede confiar en tales comunicaciones. Mucho tiempo después algún espiritista escribió a

el sobre, descubrí que la carta que había escrito para el Maestro, había desaparecido. Todo lo que encontré fue mi carta para Ernesto, con unas cuantas palabras de la bien conocida letra de él mismo, escritas en la página en blanco. Se me decía que mi carta había sido debidamente entregada al gran Maestro, y que, si en adelante se me consideraba digno de una respuesta, Ernesto tendría mucho placer en llevármela.

Esperé durante varios meses la respuesta, pero no llegó, y todas las ocasiones que yo acudía a las sesiones de Eglinton y acontecía que encontraba a Ernesto, siempre le preguntaba cuándo recibiría mi contestación. Invariablemente decía que mi carta había sido entregada debidamente; pero que nada se había dicho aun acerca de respuesta a ella, y que él no podía hacer más.

Seis meses más tarde recibí al fin la contestación pero no por medio de Ernesto. En ella me decía el Maestro que, aunque no había recibido mi carta, ni, según me lo hacía notar, hubiera sido probable que la recibiera dada la naturaleza del mensajero, El sabía lo que yo había escrito, y ahora procedía a contestarme.

Será necesario en este punto explicar cuál fué Su respuesta, y los pasos que dí como consecuencia de ella; pero antes de que pueda hacerlo inteligiblemente, debo apartarme un poco para describir algunos incidentes que acaecieron mientras vivía con la esperanza de recibir la contestación de mi Maestro.

Naturalmente, tan pronto como tuve establecidos en mi mente los más importantes principios de Teosofía, tal como entonces los conocíamos, y había puesto frente a mí, de modo definido, la idea de aspirar, cualquiera fuese la distancia en el futuro, a acercarme a los Pies del Maestro, sentí el ansia de saber si habría algo que yo pudiera hacer para ayudar en el trabajo práctico de la Sociedad. Expuse este asunto al Sr. Sinnett y en respuesta abrió un gran cajón completamente lleno de cartas y dijo: "Todas estas son consultas acerca de la Teosofía; diariamente me llueven de todas partes del mundo; apenas puedo con ellas, cada día contesto unas cuantas; pero me hallo enteramente incapacitado para contener el torrente. Estoy ya atrasado hasta este punto y veo que nunca podré despachar lo acumulado, pues la pila de rezagos aumenta constantemente, día tras día. Si está usted dispuesto a hacerse cargo de este pequeño surtido y contestarlas tan bien como le sea posible, hará realmente un importante servicio a gran número de personas".

Yo objeté, por supuesto, que todavía no sabía lo bastante para asumir el puesto de expositor de la doctrina; pero él replicó: "Usted ha leído todos los libros, ha asistido a casi todas las reuniones; estoy seguro de que conoce tanto de la enseñanza como yo mismo. Y además, claramente es este un caso de todo o nada. Con tanto trabajo de otra índole que tengo que desempeñar, jamás estaré en posibilidad de contestarlas; en tanto que usted puede en el aislamiento de su parroquia campestre, encontrar el modo de resolver algunas de ellas por lo menos; y en último caso podemos siempre consultar acerca de cualquier punto escabroso que surja".

Tenía razón al decir que yo había hecho todo lo que estaba a mi alcance por familiarizarme con esta nueva enseñanza maravillosa. Yo había leído sus libros no una, sino muchas veces, apreciando, creo yo, cada vez más y más su valor y logrando un concepto más firme de las ideas promulgadas en ellos. Por lo cual llené una maleta con aquellas cartas (eran 437) y me las llevé a Hampshire. Me entregué a la tarea con entusiasmo —recuerdo que cada noche limitaba

mi sueño a cuatro horas solamente y al fin pude salir avante con la empresa. Fué una labor muy pesada, porque no había máquinas de escribir en aquellos días, de modo que cada palabra de todas esas miles tenía que ser laboriosamente escrita a mano.

Algunas de las preguntas eran fáciles y otras difíciles; en muchos casos fueron necesarias largas explicaciones, porque el consultante parecía haber comprendido la ensenanza de manera completamente errada; pero creo haberlo hecho lo mejor que pude. Por supuesto que recibía una multitud de respuestas, de modo que aquel cajón repleto de cartas ocupó por muchos meses la mayoría de mis ratos de ocio. Puedo decir que un buen número de miembros ingresaron a la Sociedad como resultado de aquella correspondencia, habiéndose aumentado también grandemente la lista de mis amigos, así como mi propia provisión de conocimiento teosófico; porque no hay mejor modo de aprender un tema con toda amplitud que tratando de enseñarlo a otro.

Permitidme pasar de estas bagatelas a un incidente de importancia real —mi primer encuentro con Madame Blavatsky. Pero aún antes de describirlo, debo decir unas cuantas palabras como explicación preliminar. Aun cuando la Dra. Anna Kingsford era la Presidenta de la Logia de Londres, de ninguna manera estaba ella enteramente de acuerdo con las enseñanzas que los miembros estudiaban. Mr. Sinnett recibió la enseñanza en forma oriental, de Maestros Orientales, y en respuesta a una serie de preguntas que más o menos al azar había formulado; en tanto que lo que la Dra. Kingsford enseñaba, lo sabía por sus reminiscencias de lo que había aprendido en una vida previa.

Era muy notable el acuerdo en los puntos esenciales, mas la forma en que se expresaba la enseñanza era sumamente distinta, y cada forma tenía su propio conjunto de términos, los cuales no eran en modo alguno intercambiables siempre. Era costumbre en nuestras reuniones, que Mr. Sinnett dirigiera algunas palabras o hiciera una declaración, pero antes que se nos permitiera discutirla o pedir mayores informes sobre puntos dudosos, la Dra. Kingsford insistía siemore en re-exponer el asunto todo en términos suyos y desde su punto de vista. Para casi todos nosotros la exposición Oriental era mucho más comprensible que la Hermética; y, para nuestras mentes anhelantes, esta innecesaria complicación parecía intolerable, de modo que las largas disquisiciones de la Dra, Kingsford eran recibidas con cierta dosis de impaciencia. No contenta con exponer su propio caso, algúnas veces se aventuraba peligrosamente a crear animadversiones contra la presentación de Mr. Sinnett, y aún contra los Maestros de quienes venía; y fácilmente se comprenderá que eso suscitaba mucha indignación en las mentes de los miembros.

En cierta ocación la Logia aprobó una resolución lamentando la actitud adoptada por el periódico que ella escribía; y el asunto creó un sentimiento de tensión de lo menos deseable. Aun llegamos hasta publicar ciertos folletos en que se exponían los casos; y aun el Swami T. Subba Rao, desde la remota India, tomó parte en la discusión. Estaban todavía en su punto álgido estas condiciones y la Logia prácticamente dividida en dos partes muy desiguales, cuando llegaron de la India el Coronel Olcott y Mr. Mohini Mohun Chatterji. Los únicos que apoyaban a la Dra. Kingsford eran su tío, Mr. Maitland, y unos cuantos amigos personales que ella había llevado cuando ingresó. Si Madame Blavatsky se hubiera encontrado con nosotros, probablemente habría solucionado la disputa desde luego; pero, aunque había salido de

la India junto con el Coronel Olcott, se había puesto seriamente enferma en París y aún se suponía que estaba en sumo peligro.

Por ese tiempo llegamos al final de nuestro año económico y surgió la cuestión de la elección de Presidente para los doce meses siguientes. Era, creo yo, el deseo casi unánime de la Logia que Mr. Sinnett fuera su Líder, tanto nominal como efectivo; más él no se hallaba dispuesto a aceptar el cargo, porque en los folletos publicados se había expresado algo fuertemente en contra de la Dra. Kingsford y no quería llevar esta animosidad, casi personal, dentro de la marcha de la Logia. Cuando llegó la noche de las elecciones, Mr. Maitland propuso la nueva designación de la Dra. Kingsford, pero encontró solo uno o dos miembros que lo apoyaran, por lo cual la Dra. Kingsford mostró una contrariedad muy poco digna. Entonces se levantó M. Sinnett y propuso a Mr. G. B. Finch, abogado de la Posada de Lincoln, quien había sido en su tiempo el mantenedor de más antigüedad en Cambridge. Siendo un hombre apto y bondadoso, era muy popular entre los miembros; y de hecho esa misma reunión, se efectuaba en un gran cuarto de sus habitaciones en la Posada de Lincoln. Fue desde luego electo por una abrumadora mayoría y entonces nombramos Secretario a Mr. Sinnett y procedimos al trabajo de la noche.

La Dra. Kingsford, sin embargo, estaba visiblemente disgustada por el resultado de la elección y sus continuas interrupciones fueron más exasperantes que nunca. El Presidente-Fundador, en persona, se hallaba presidiendo, mas parecía que no encontraba bien la manera de calmar a la señora; y la reunión se deslizaba de modo árido y poco fructífero. El cuarto, como he dicho, era largo y la puerta por donde penetrábamos se encontraba en uno de los lados, pero cerca del extremo opuesto a la plataforma. El cuarto estaba lleno de bancas que se alquilaban temporalmente para las reuniones. Ahora bien, aconteció que mi amigo Mr. Varley y yo nos habíamos retrasado unos cuantos minutos, entrando al cuarto un poco después de comenzada la sesión. Y así, nos deslizamos hasta una banca vacía, precisamente frontera a dicha puerta, y cerca de nosotros había solo dos o tres miembros, aun cuando el extremo superior del cuarto se hallaba bien concurrido. El Coronel Olcott y Mohini hacían lo mejor posible por extraer algo esencial y útil de una discusión tediosa y sin provecho; y entiendo que nosotros, al otro extremo del cuarto, no concedíamos grande atención a lo que se efectuaba, cuando repentina y violentamente se abrió la puerta frente a nosotros y una corpulenta dama, vestida de negro, entró rápidamente y se sentó al otro extremo de nuestra banca.

Estuvo sentada escuchando durante algunos minutos la disputa que había en la plataforma y a poco empezo a dar señales manifiestas de impaciencia. Como parecía que las cosas no mejoraban saltó ella entonces de su asiento, gritó en tono de mando militar la palabra "Mohini" y salió después derechamente de la puerta al pasillo. El ceremonioso y digno Mohini se lanzó a lo largo de aquel espacioso cuarto, a la mayor velocidad, y, en cuanto llegó al pasillo se arrojó incontinenti de cara al suelo, a los pies de la señora vestida de negro. Muchas personas se levantaron en confusión, no sabiendo lo que sucedía; pero un momento después el mismo Sr. Sinnett fue también corriendo a la puerta, salió y cambió unas cuantas palabras, y luego, entrando de nuevo al cuarto, se paró al final de nuestra banca y con penetrante voz dijo estas palabras del destino: "Permitidme que presente a la

Logia de Londres, en conjunto, a Madame Blavatsky!"

La escena fue indescriptible; los miembros frenéticamente alegres,(sin embargo, medio atemorizados, al mismo tiempo) se arremolinaron en torno a nuestra gran Fundadora, algunos besándole la mano, otros arrodillándose ante ella, y, dos o tres, llorando histéricamente. Tras pocos minutos, sin embargo, ella los apartó lejos de sí con impaciencia, y fue conducida a la plataforma por el Coronel Olcott. Después de contestar unas cuantas preguntas, exigió de él una explicación del carácter poco satisfactorio de la reunión, a la que de manera tan abrupta había penetrado. El Coronel y Mr. Sinnett explicaron como les fue posible; pero ella, sumariamente les ordenó que levantaran la sesión y llamaran a los de la Mesa Directiva para que desde luego se reunieran con ella en conferencia. Los miembros se retiraron en estado de gran excitación y los de la Mesa esperaron a Madame Blavatsky en una de las salas adyacentes.

Ahora bien, como se me había invitado a pasar la noche en casa de Mr. Sinnett, yo, un miembro nuevo e insignificante, tuve que quedarme atrás en unión de las personas mayores; y así aconteció que fuera yo testigo de la escena tan notable que siguió. Madame Blavatsky exigió una relación detallada del estado de la Logia y de las diferencias entre Mr. Sinnett y la Dra. Kingsford, y cuando la hubo recibido, procedió a regañar a ambos exactamente como si hubieran sido un par de muchachos de escuela malcriados, y para terminar hizo que se estrecharan la mano frente a todos nosotros, como prueba de que sus diferencias estaban amigablemente resueltas! No obstante, ordenó ella que la Dra. Kingsford formara una logia aparte, en la cual pudieran discutirse las doctrinas exclusivamente desde su punto de vista.

Esta orden se llevó a la práctica en unos cuantos días, tomando la nueva ramificación el título de "Logia Hermética". Hasta donde yo recuerdo, creo que nunca tuvo más que un número muy reducido de miembros, y me parece que pronto fue decayendo hasta su extinción.

Madame Blavatsky y el Coronel Olcott acompañaron a nuestro grupo a casa de Mr. Sinnett y allí permanecieron hasta muy noche, reprobando Madame Blavatsky vigorosamente la ineficacia de los funcionarios para dirigir mejor la reunión. Yo, por su puesto, fuí presentado a ella, y Mr. Sinnett aprovechó la ocasión para hablarle de mi carta al periódico espiritista "Light", sobre el asunto de la denegación de nuestros Maestros por el espíritu "Ernesto". Cuando oyó esa pequeña historia, me miró muy investigadoramente y dijo: "No pienso muy bien de la Clerecía, porque encuentro que los más de ellos son hipócritas, idólatras y estúpidos; pero esa fue una acción denodada y le doy las gracias por ella. Ha empezado usted bien; tal vez pueda hacer algo todavía".

Podéis estar completamente seguros de que, después de eso, no desperdicié ninguna oportunidad de concurrir a cualquiera reunión en que estuviera ella presente; y aun cuando era yo demasiado tímido para hacerme notorio y dirigir preguntas, escuchaba sin embargo ávidamente cada palabra que caía de sus labios y creo que de esa manera aprendí bastante.

En una conferencia sustentada en 1927, hablé con algún pormenor de su carácter y de la tremenda impresión que produjo ella sobre mí; de modo que no necesito repetirlo aquí. Se recordará que en la parte de estas reminiscencias, correspondiente al número anterior, hice mención de una carta que yo había dirigido al Maestro Kuthumi, confiándola, para su

entrega, a un espíritu nombrado Ernesto. Llegué el fin a recibir una respuesta —pero no por medio de Ernesto y no sino hasta la víspera de la salida de Madame Blavatsky para la India. El texto de la carta del Maestro para mí, se encontrará en el libro del Señor Jinarajadasa "CARTAS DE LOS MAESTROS DE SABIDURÍA", p. 32. El me dijo que no era preciso estar en la India durante los siete años probatorios—que un chela podía pasarlos en cualquier lugar. Me previno que, como Sacerdote de la Iglesia Cristiana, tenía yo cierta participación en el karma colectivo de ese cuerpo y de manera clara intimó El que había mucho en ese karma que era terriblemente malo. Sugirió que yo podría ir a Adyar por unos cuantos meses, a ver si podía trabajar con el personal de la Residencia Central, y añadió la significativa observación: "El que deseare acortar los años de prueba tiene que hacer sacrificios por la Teosofía". Su carta concluía con estas palabras:

"Me preguntáis qué reglas deberéis observar durante este tiempo de prueba, y qué tan pronto podríais esperar que comenzara. Yo respondo: Tenéis la hechura de tu propio futuro en vuestras propias manos, según se os ha indicado arriba, y cada día podéis estar tejiendo su trama. Si fuera yo a exigiros que hiciérais una cosa u otra, en lugar de simplemente aconsejaros, sería responsable de cada efecto que emanara de ese paso, y vos adquiriríais sólo un mérito secundario. Pensad, y veréis que esto es cierto. Así pues, arrojad vos mismo la suerte en el seno de la Justicia sin temer que su respuesta sea otra que la absolutamente cierta. El discipulado es una etapa educativa como también probatoria, y únicamente el chela puede determinar si ha de finalizar en el adeptado o en el fracaso. Los chelas interpretando erróneamente nuestro sistema, con harta frecuencia están pendientes y aguardan órdenes, desperdiciando precioso tiempo que deberían ocupar con su esfuerzo personal. Nuestra causa necesita misioneros, devotos, agentes, y hasta mártires tal vez. Pero no puede exigir de ningún hombre que se convierta él mismo en cualquiera de ellos. Así pues, escojed ahora y asid vuestro propio destino —y que el recuerdo de nuestro Señor el Tathágata os auxilie a decidiros por lo mejor". (1)

Deseaba decir en contestación a esto, que mis circunstancias eran tales, que me sería imposible ir por tres meses a Adyar y regresar después al trabajo en que estaba ocupado; pero que me encontraba enteramente dispuesto a abandonar ese trabajo por completo y dedicar mi vida absolutamente a Su servicio. Habiéndome fallado Ernesto de un modo tan patente, no veía yo otra manera de hacer llegar este mensaje al Maestro sino llevándolo a Madame Blavatsky, y como al día siguiente ella partiría de Inglaterra para la India, me dí prisa a ir a Londres con el fin de verla.

Con dificultad la induje a leer la carta, pues en forma muy decidida dijo ella que tales comunicaciones estaban destinadas tan sólo para el que debía recibirlas. Me ví obligado a insistir, no obstante, y al fin la leyó y me preguntó qué deseaba decir yo en contestación. Respondí en el sentido antes indicado y le pregunté cómo podría llegar mi contestación hasta el Maestro. Ella respondió que El ya la conocía, refiriéndose por su-

(I) El Señor Jinarajadasa agrega la nota siguiente: "El recuerdo de Nuestro Señor el Tathágata" es una frase de lo más impresionante, sólo comprendida muchos años después del recibo de la carta. Se refiere a incidentes en existeucias hace mucho tiempo pasadas, cuando C. W. L. había visto al Gran Señor cara a cara. Parece como si de esta manera hubiera tratado el Maestro de trascender la gersonalidad de C. W. L. e ir directamente al Ego, en cuya conciencia las grandes verdades existían como asuntos de conocimiento directo.

puesto, a la relación extremadamente cercana en que ella estaba con El, de modo que cualquier cosa que estuviera dentro de la conciencia de ella estaba también dentro de Su conciencia cuando El lo deseare.

Entonces ella me dijo que esperase a su lado y que no me separase de ella por ningún motivo. Ella misma se adhirió absolutamente a esta condición aún haciendo que la acompañara a su alcoba cuando entró a ponerse el sombrero, no permitiéndome salir del cuarto ni aun a la puerta para llamar con un silbido a un carruaje que se necesitaba.

No pude entender bien por entonces el propósito de esto, pero más tarde me dí cuenta de que ella deseaba que yo estuviera en aptitud de decir que nunca había estado fuera de mi vista, por un momento, entre la hora en que leyó la carta para mí del Maestro y el recibo de la respuesta. Recuerdo tan vívidamente como si sólo fuera ayer, la manera en que iba con ella en aquel cabriolé y el tímido embarazo que yo sentía, causado, en parte, por el honor de acompañarla, y en parte, por mi temor de ir incomodándola horriblemente, si bien yo iba encogido a un lado, en un angosto rincon del asiento, en tanto que su vasto volúmen vencía de su lado el vehículo de modo que los muelles fueron rechinando durante todo el viaje. El Sr. y la Sra. Cooper-Oakley deberían acompañarla en su viaje a la India; íbamos a casa de ellos, llegando muy tarde aquella noche—de hecho, creo que era más de media noche; así pues realmente debiera decir que muy temprano a la mañana siguiente.

Aún a esa hora, en la sala de la Sra. Oakley había un número de amigos adictos reunidos para despedir a Madame Blavatsky, la que se sentó en un sillón de brazos al lado del fuego. Platicaba ella brillantemente con quienes se hallaban presentes, y enrollaba uno de sus eternos cigarrillos, cuando, repentinamente, su mano derecha fue estirada hacia el fuego en un estilo muy peculiar, y volteó hacia arriba la palma. La miró con sorpresa, como lo hice yo, pues me encontraba de pie muy próximo a ella, reclinado, con un codo sobre el tablero; y varios de nosotros vimos muy claramente, algo como una blanquizca niebla formarse en la palma de su mano y después condensarse en un pedazo de papel doblado, que desde luego me entregó diciendo: "Allí está su respuesta". Todos los que estaban en el cuarto se agruparon al rededor, por supuesto; más ella me envió afuera a leerla, diciendo que no debía permitir que nadie se enterara de su contenido. Era una nota muy corta y decía como sigue:

"Puesto que vuestra intuición os guió en la recta dirección y os hizo comprender que era MÍ DESEO que fuérais a Adyar INMEDIATAMENTE, puedo deciros más. Lo más pronto que vayáis, mejor. No perdáis ni un día más de los que podáis utilizar. Embarcáos el día 5, si es posible. Uníos a Upásika (2) en Alejandría. Que nadie sepa que vais, y que la bendición de nuestro Señor y mi pobre bendición os amparen de todo mal en vuestra nueva vida.

Os saludo, MI NUEVO CHELA.

K. H."

En asuntos ocultos, oir es obedecer. Madame Blavatsky salió el mismo día un poco más tarde para Liverpool, donde se embarcó en el vapor "CLAN DRVMOND". Entre tanto, yo estaba recorriendo las oficinas de las compañías de vapores tratado de obtener un pasaje para mí. El vapor de la "P. y O." que debía salir el día

(2) Upásika significa un discípulo en cuerpo femenino; nuestros Maestros a medudo mencionaban a Madame Blavatsky por este título.

cinco, no tenía absolutamente ni una sola cama vacante en ninguna clase, de modo que me ví obligado, de muy mala gana, a buscar por otra parte. Después de muchas pesquisas, la única oportunidad que se presentó fue tomar el vapor de las Mensajerías Marítimas "ERYMANTHE", de Marsella a Alejandría, y para hacer eso tendría yo que salir de Londres la noche del 4. Fuí apresuradamente a Hampshire con el fin de empacar mis cosas y utensilios personales y hacer mis últimos arreglos; y puedo decir que no me metí en la cama sino hasta después que había salido de Inglaterra! Mohini y la señorita Arundale estuvieron en la Estación de Charing Cross a despedirme y presentarme sus más ardientes buenos deseos para la extraña vida nueva que ante mí se abría.

Llegué a Marsella en el plazo ordinario, tan sólo para encontrar que se suponía que el cólera había invadido la población. Me embarqué en el "ERYMANTHE" y recuerdo que nuestra travesía por el Mediterráneo fue un tanto agitada. Durante esa travesía leí por la décima vez "El Buddhismo Esotérico"; en aquellos tiempos éramos bastante minuciosos en nuestros estudios. . .

Cuando llegamos a Alejandría encontré, con inmenso disgusto para mí, que a causa del rumor de cólera en Marsella las autoridades egipcias se proponían ponernos en cuarentena durante cinco días. Podeis imaginar mi impaciencia y mi temor de que la demora pudiera ocasionarme perder a Madame Blavatsky del todo. No quisieron permitirnos que permaneciéramos en la ciudad, sino que nos llevaron a unas barracas en Ramleh, donde nos cobraron $10 al día por un alojamiento muy poco satisfactorio. Por supuesto que todos nosotros estábamos perfectamente bien y por completo persuadidos de que todo el asunto era una farsa, llevada a cabo simplemente con objeto de sacarnos dinero; y las amplias sonrisas de los funcionarios egipcios dejaban ver claramente que ellos sabían de qué se trataba.

En nuestro único punto de comunicación con el mundo exterior había un doble vallado muy sólido, cuyas partes componentes se encontraban separadas por unas cinco yardas. Una especie de ferrocarrilito de madera cruzaba de una de estas cercas a la otra, y una caja, con una cuerda atada a cada uno de sus extremos, era tirada hacia adelante o hacia atrás para repartir nuestras cartas o para introducirnos provisiones o cualquiera artículo que deseáremos comprar. Se había colocado en la caja una gran palangana con agua y se nos ordenó que en ella arrojásemos las monedas que servirían para pagar nuestras compras; en tanto que las cartas que mandábamos para el correo eran perforadas en dos o tres sitios y fumigadas rigurosamente. Los procedimientos eran más que ridículos y nosotros conservamos una actitud de ligera guasa con los que nos tenían a su cuidado, insistiendo en que, cuando hubiere de regresársenos algún cambio, se arrojara también al agua!

Por medio de una de las cartas mutiladas me comuniqué con el Cónsul Inglés y supe por él que Madame Blavatsky y su comitiva habían llegado oportunamente, pero habían proseguido a Port Said, donde me aguardaban. Tan pronto como se nos libró de nuestro vil cautiverio, me dirigí al Hotel Abbat para tomar un verdadero baño y algún alimento decente, y después me ocupé de investigar acerca del modo de trasladarse a Port Said. No había ferrocarril en aquellos días y encontré que mi oportunidad más cercana era tomar de nuevo el vapor "Erymanthe", que había sido también detenido en cuarentena lo mismo que nosotros. Sin

duda la hubiéramos pasado mejor si hubieran tenido el sentido común de dejarnos a bordo de él; pero como éramos pasajeros para Alejandría no quisieron hacerlo; además, en tal caso, el vapor habría percibido nuestros diez pesos diarios en lugar de ser éstos para el Gobierno Egipcio!

Zarpamos la misma noche y llegamos a Port Said a la mañana siguiente. El Sr. A. J. Cooper Oakley fue a recibirme, y, una vez en tierra, me llevó a un hotel donde encontré a Madame Blavatsky y a la señora Oakley sentadas en la terraza. Las últimas palabras de Madame Blavatsky para mí, en Londres, habían sido: "Ved la manera de que no falteis a vuestro compromiso conmigo"; y ahora su saludo fue: "Bien, Leadbeater, veo que realmente habeis venido a pesar de todas las dificultades". Yo respondí que por supuesto había venido y que cuando hacía yo una promesa me hacía también el propósito de cumplirla; a lo cual ella contestó solamente: "Bien para vos"! y después siguió su animada discusión—todas las discusiones en las que Madame Blavatsky tomaba parte, eran invariablemente animadas—, la que, evidentemente, había sido interrumpida con mi llegada. Aunque ella no dijo más que éso, se hallaba claramente complacida de que hubiera yo llegado, y parecía considerar mi presencia en su comitiva como una especie de carta en el juego que ella tenía entre manos pues regresaba a la India expresamente con el objeto de refutar las malévolas calumnias de los misioneros del *Christian College*, y parecía que consideraba que el llegar acompañada de un clérigo de la Iglesia Establecida, el cual había abandonado un buen puesto en esa Iglesia para hacerse su entusiasta discípulo y seguidor, era algo como un argumento a favor de élla.

Creí yo que podíamos esperar tarnquilamente hasta que llegara nuestro vapor. Pero si hubiera conocido a Mdme. Blavatsky tan bien como después la conocí, no me hubiera sentido tan confiado. Alquilé un cuarto, hice huir a muchos mosquitos de entre las cortinas del lecho y pensaba con agrado en la sosegada noche que pasaría. Sin embargo, en cuanto hubo obscurecido, Mme. Blavatsky tuvo una de aquellas repentinas ráfagas de inspiración que tan frecuentemente le llegaban del lado invisible de las cosas; y que atribuía a uno u otro de quienes denominaba élla "Los Hermanos" término bajo el cual incluía no solamente algunos de los Maestros, sino también a cierto número de sus discípulos. En esta ocasión, la sugestión recibida trastornó por completo todos nuestros planes, puesto que se le dijo que, en lugar de estar esperando quietamente la llegada del vapor como lo estábamos haciendo, saliéramos inmediatamente para el Cairo en donde obtendríamos alguna información que sería de suma utilidad para élla con motivo del asunto de sus traidores sirvientes, los Coulomb.

En aquellos tiempos no había ferrocarril directo desde Port Said, y la única manera de arribar al Cairo era navegando por el Canal de Suez hasta Ismailía, de donde podríamos proseguir por ferrocarril hasta la Capital. La travesía canal abajo se efectuó en un pequeño bote de vapor algo así como un remolcador que había sido dignificado con el nombre de "Lancha Correo del Khedive". Todas las noches, a media noche, salía de Port Said llegando a Ismailía por la madrugada. A despecho de su retumbante nombre, tal artefacto era, talvez, el más sucio e incómodo que en mi vida he encontrado; pero, por supuesto, tratamos de lograr el mejor partido de él. Había en la proa una bodeguilla de diez pies cuadrados que la llamaban «el camarote general» y

tras ella se abría una especie de armario que le decían «la sala de las señoras» y que no tenía ventana alguna, de tal suerte que, cuando cerraban la puerta, quedaba el interior en perfecta oscuridad. Este fue destinado para Madame Blavatsky.

(Continuará)

MOVIMIENTO DE LA TESORERIA DE LA SECRETARIA GENERAL DEL 1o. DE ABRIL AL 30 DE JUNIO 1930

ENTRADAS:

Saldo	₡	1449.85
Anualidades y Diplomas	,,	480.00
Anualidades Miembros Libres	,,	80.00
Devolución Theosophical Press		64.00
Auxilio Logia "Darlú" para Dia de Adyar	,,	24.00
Intereses Banco de C. R.	,,	9.30
	₡	2107.15

SALIDAS:

Sueldos	₡	225.00
Gastos de Correo, Telegrafos y Radio	,,	88.80
Papelería y útiles de escritorio	,,	223.25
Gastos Generales	,,	72.35
Auxilio Logia "Virya" (publicaciones)	,,	33.00
A Saldo	,,	1464.75
	₡	2107.15

San Antonio de Belén, 23 de agosto de 1930.

Señor don Mariano L. Coronado,

Secretario General Sociedad Teosófica C. A.

San José.

Estimado señor y hermano:

Cumpliendo los deseos de ese Consejo Ejecutivo, he examinado el Estado de Caja correspondiente a Abril, Mayo y Junio 1930, presentado por el hermano Tesorero don José Monturiol.

Pláceme decirle que he encontrado correctos y comprobados los distintos renglones que lo forman; y que el saldo en Caja ₡ 1464.75, está depositado en cuenta corriente en el Banco de Costa Rica, como se comprueba con el estado de esa cuenta enviado por el mismo Banco.

Cordialmente, soy su atento S. y hermano,

F. VIDAORRETA.

LOGIAS DE LA SOCIEDAD TEOSOFICA CENTROAMERICANA
(Centroamérica y Colombia)

Secretario General: MARIANO L. CORONADO.

Apartado 568 —:— San Jose, Costa Rica C. A.

Cable: "TEOSOFIA"

LOGIAS

ALETHEIA:	Pres. Gen. Max H. Martínez. San Salvador. El Salvador.
ARCO IRIS:	Pres. Guillermo Vengoechea. Apartado 539, Bogotá, Colombia.
DARLÚ:	Pres. Dr. Juan M. López. Granada Nicaragua.
DHARANA:	Pres. Marco A. Zumbado. San José, Costa Rica
EUCARÁS:	Pres. Dr. Juan G. Aburto 2ª Calle Sur Nº 4, Managua, Nicaragua.
GNOSIS:	Pres. Juan Cabrera G., Ap. Nº 60, Guatemala, Rep. de Guatemala.
JINARAJADASA:	Pres. José F. Olivares 1ª Calle NO. Nº 932, Managua, Nicaragua.
KOOT HOOMI:	Pres. Francisco Baeza, Ap. Nº 60, Guatemala Rep. de Guatemala.
LUZ DEL VALLE:	Pres. Nazario Lalinde. Cali, Colombia.
MAITREYA:	Pres. José Espinoza. Rivas, Nicaragua.
PRATIBHA:	Pres. Isidro de J. Olivares. Managua, Nicaragua.
SIRIO:	Pres. Juan Fernández U. Alajuela, Costa Rica.
SUBI..ANA Nº 1:	Pres. Dr. Salvador Moncada, Tegucigalpa, Honduras.
TEOT..:	Pres. Mariano Castro González, San Salvador, El Salvador.
VIRYA:	Pres. Julio Acosta García. San José, Costa Rica.
VOTAN:	Pres. Dr. Juan F. Orozco. San Salvador. El Salvador.

PERMANENTE

La publicación de esta revista es sostenida por un grupo pequeño de teosofistas y su distribución es gratuita.

Cualquiera ayuda que Ud. desee dar para "Virya" será alegremente recibida. Envíela a:

Editor de la Revista "Virya",

Apartado 568, San José, Costa Rica.